



## *Capítulo 10.* *Más allá de la muerte*

La confianza de Juan Bautista en la misericordia de Dios fue plena en su vida. Mientras los cincuenta Hermanos que le habían precedido en el salto a la eternidad le salían a recibirlos en los umbrales de la patria eterna, en la tierra los 104 que dejaba se empeñaban, luchando por la educación cristiana de unos 4.500 escolares, hijos todos ellos de los artesanos y de los pobres. Los Hermanos lo recordarán siempre como iluminador de sus vidas, siguieron surcando la singladura de la Escuela con las consignas pedagógicas de la “Guía de las Escuelas”, con las normas espirituales de la Regla común y de la Regla del Director, con los mensajes doctrinales de los “Deberes del Cristiano” y con



*San Juan  
Bautista de  
La Salle*

**HECHOS  
Y GESTOS  
DE UN  
MENSAJERO**

las consignas de sus 206 “Meditaciones”, especialmente de las 16 escritas para “Maestros en tiempos de retiro”.

Ciertamente, quedan con una doctrina tan maravillosa que, tres siglo y medio después de consignarse por escrito, sigue marcando un estilo, haciendo latir un corazón inmortal (El Señor de La Salle no morirá nunca) e iluminando un porvenir encerrado en una frase mágica del Padre Barre: “Si fundáis las escuelas en la Divina Providencia durarán para siempre”

Al morir Juan Bautista de La Salle dejaba funcionando cuarenta y dos Escuelas en veintidós localidades, de cincuenta y dos que había abierto en veintiséis ciudades o villas a lo largo de sus treinta y siete años de trabajo fundacional (1882 a 1919)

En los días de su enfermedad había dicho a los Hermanos que se angustiaban por su previsto fallecimiento “No se preocupen, San Yon florecerá mucho y el Hermano X... lo va a ver...” El biógrafo Blain no dijo el nombre que pronunció el moribundo. El Hermano Bartolomé no fue, pues

murió al año siguiente, el 8 de Junio de 1720, en San Yon también. Allí estaba el Hermano Ireneo (Claudio Du Lac de Montisambert), con toda seguridad, que era el Director de los Novicios y que durante muchos años, luego, siguió trabajando por el incremento de la obra de su antiguo protector, el que un día de Abril de 1714 le había convertido de soldado en religioso y le había admitido en el Instituto.

Con el Hermano Ireneo se formaron generaciones de nuevos religiosos y el Instituto comenzó a caminar con paso decidido por la Francia, que ya no era aquella de Luis XIV, fallecido en 1714, y por el mundo, que siempre será el desafío para el Reino de Dios.

La gran preocupación de Juan Bautista De La Salle había sido de la formación de maestros profesionales con espíritu cristiano, que se preocuparan por sus alumnos. Y el gran objetivo de su vida había sido que los maestros buenos fueran mensajeros del Evangelio y “Ángeles Custodios” de sus alumnos.

Los mensajes que dejaba tras de sí este genial Fundador eran verdaderamente cautivadores: “Si queréis cumplir vuestro ministerio en cuanto ángeles custodios de los niños que instruí, sed fieles a Jesucristo que os envía a ellos...” (Med. 198.3). De La Salle pidió siempre a sus maestros que cultivaran el doble espíritu que hace de la educación una evangelización maravillosa: es el doble espíritu de fe, para mirar todo con los ojos de Dios, y de celo ardiente, para atender a las almas. “No habéis de daros por satisfechos con impedir que cometan el mal los niños confiados a vuestra solicitud. Es menester que los instéis a obrar el bien y a ejecutar las acciones virtuosas de que son capaces.” (Med. 202. 2).

Las obras escritas que dejó tras de sí son verdaderos monumentos de una pedagogía de vanguardia y, sobre todo de una pedagogía cristiana, apta para conducir a los hombres a ser buenos ciudadanos, personas dignas, profesionales excelentes y, sobre todo, cristianos auténticos. La “Guía de las Escuelas Cristianas” fue el manual para ejercer la docencia mejor escrito en su siglo. Los “Deberes del cristiano” fue el catecismo mejor de final del siglo XVII y de todo el XVIII, a juzgar por las trescientas ediciones que conoció en su historia centenaria. Las “Meditaciones para los maestros en tiempos de retiro” y las “Meditaciones para los domingos y fiestas” son el más hermoso tratado de mística educadora que se ha escrito en la Historia de la Iglesia.

Y quien crea que estos juicios de valor son piadosas exaltaciones, recoja el guante del desafío. Busque un autor, santo o no santo, religioso o seglar, clérigo



o laico, que desde el siglo XVII al XX haya perfilado un programa educador más completo en su triple dimensión: apostólica y espiritual, pedagógica y didáctica, catequística y pastoral, y que pueda compararse objetivamente con las referencias aludidas. Compare los mensajes sin apasionamiento, resalte los valores y las consignas, descubra los rasgos de su vida y los gestos en los que queda fotografiado su espíritu y saque conclusiones.

O, mejor dicho, no saque conclusiones, sino acepte compromisos con la tarea de la educación. Es lo que precisa el mundo y la Iglesia en los albores del nuevo siglo XXI, en muchos aspectos tan similares a los comienzos del siglo XVIII, en que culminó la vida y el mensaje del que un día Pío XII proclamaría “Patrono de todos los educadores cristianos”.

La Historia de su obra y de sus seguidores fue creciendo, en medio de los avatares de los siglos y del casi centenar de países hacia los que se extendieron con el paso de los años.

El Fundador de las Escuelas Cristianas, que tanto rehuyó los honores en vida, vio conocido y extendido su mensaje y su estilo educativo por todo el mundo cristiano y no cristiano, por Oriente y Occidente, por los países del viejo mundo y por los que un día Cristóbal Colón había descubierto para plantar una nueva cultura cristiana. En este singular menaje del Evangelio se cumplió una vez más la profecía bíblica de que “quienes enseñaren a muchos la justicia brillarán como estrellas por toda la eternidad”, (Dan 12.3)

